

ciaciones de los hermanos de la vida comun, espíritu enemigo de exageraciones y extravagancias. A este espíritu corresponden los consejos que Groot da á un principiante en la vida monástica: «Nada de penitencias especiales impuestas por sí mismo; fuera toda exageracion de sus propios pecados; fuera todo desaliento cobarde en la lucha contra los pensamientos inspirados por el diablo, y nada de ir angustioso detrás del confesor para confesar cada pensamiento malo apenas concebido.» Tomás de Kempis vitupera las romerías y peregrinaciones cuando pasan los límites racionales, pero considera las reliquias de los santos como manantial de consuelos y de devoción, y encarga el culto de la Virgen porque por ella llegamos á su Hijo. «Coloca - dice, - á tu derecha á Cristo, á tu izquierda á la Virgen y á tu alrededor á todos los santos.»

Aquellos reformadores modestos estaban todavía dominados por la idea de un cristianismo monástico sin sus asperezas. Fuera de esta asociación no faltaban genios mas ardientes que no podían mirar tranquilos á la Iglesia desfigurada; pero hasta estos y los críticos mas acerbos permanecen firmes, fuera de muy contadas excepciones, dentro del terreno antiguo de la Iglesia, contentándose con ver restaurada la antigua pureza. Raras son las inteligencias que llegan á desear su reconstrucción completa. Es preciso no confundir las manifestaciones de dolor é indignación, á menudo muy violentas, de los hijos mas nobles de la Iglesia en la Edad media, con el deseo de una reforma radical, si bien es innegable que estas críticas acerbas, expresadas con la mejor intención del mundo, contribuyeron en gran manera á conmover la autoridad de la Iglesia. Es destino de las inteligencias rectas y nobles no poder permanecer indiferentes ante la descomposición de instituciones antiguas y tener que contribuir, aun contra su voluntad, á la exasperación é inflamación de las pasiones. Así habían pronosticado á la Iglesia corrompida, ya en los grandes concilios, ya después, su inevitable castigo por el pueblo laico y por sus príncipes; así el fanático fraile cartujo Jacobo de Juterbogk (que murió por el año 1460), al confesar en términos amargos su convicción de la impotencia de la Iglesia para reformarse, excitó á los poderes civiles á que obligasen á los conventos á volver á su antigua disciplina y, si necesario fuese, á emplear contra ellos la suspensión de las temporalidades. Hasta hubo, como indicamos ya en otro lugar, quien propuso como último medio de salvación el separarse temporalmente del papado. El reformador de los conventos, Juan Busch, fué otro severísimo crítico que puso de manifiesto, sin consideración alguna, males profundos de la Iglesia; lo mismo hizo el belicoso canónigo de Zurich, Félix Hemmerlin, que en vista de la depravación general del clero, empezó á dudar de la conveniencia del celibato, y estigmatizó la codicia y sed de dominar de los papas, cosa harto sabida, pues que ya había sido criticada en los concilios á la faz de toda la cristiandad. En los sermones y demás escritos de Geiler de Kaisersberg, hijo fidelísimo de la Iglesia, asoma en todas partes la crítica mas amarga, principalmente contra las eminencias eclesiásticas, en las cuales solo ve maldades y corrupción. «No es verdad, - dice, - que Dios instituya y el Espíritu Santo ilumine á las autoridades; lo hacen el diablo, el dinero y el favor. El que hoy quiere ser Papa ha de cohechar á los cardenales, cada uno á su manera; el que quiere ser obispo, prior ó dean, ha de mirar cómo gana á los canónigos.» No trata Geiler mejor al bajo clero ni á la gente laica, y al fin expresa en estos términos su ninguna esperanza de ver mejorarse el mundo: «Dirás, ¿no podría hacerse una reforma general? Yo contesto: No, no hay esperanza de que la cristiandad mejore. Lo mejor es que cada cual meta su cabeza en un rincon ó agujero (para no ver nada del mun-

do), procure cumplir con lo que Dios manda y haga lo que es justo para ganar la gloria eterna.» Algunas advertencias de Geiler parecen inspiradas ya por un pensamiento vago de reforma radical, como cuando critica el abuso de las oraciones repetidas mecánicamente por el interesado ó por otros. No queráis ganar el cielo, dice, por medio de las oraciones de frailes y clérigos secularés, y: «El murmurar oraciones y contarlas como quien cuenta dinero no vale para mí un pito.» Según acabamos de ver, no da este orador tampoco otro consejo mas que el de atenerse á lo que manda la Iglesia, que es y será siempre á pesar de su degeneración la custodia de la verdad.

Todo el mundo señalaba á la Iglesia con el dedo como un organismo devorado por una enfermedad horrible, y á pesar de esto se pensaba que solo en su seno podría encontrarse la salvación; se exponía ante el pueblo creyente á los representantes de la Iglesia como á la pública vergüenza, y se quería al mismo tiempo que la sociedad laica conservara un profundo é inmutable respeto al sacerdocio.

Juan Pupper de Goch, que murió en el año 1475, teólogo concienzudo y modesto, y tan buen católico que había fundado á sus expensas un convento de monjas, salió á la defensa del sacerdocio envilecido, contra las pretensiones monásticas. Sus escritos respiran ya el verdadero genio reformista, pero sin romper el lazo que le une á la Iglesia establecida. La salvación se logra, según este teólogo, únicamente por la gracia de Dios; la Sagrada Escritura es para él la única autoridad no sujeta á error, mas no pudiendo armonizar estos principios de libertad é independencia de fe con la iglesia monacal, recomienda no buscar exclusivamente en la fe la perfección cristiana, sino atenerse á las doctrinas de la Iglesia, á la cual corresponde el derecho exclusivo de interpretar la Sagrada Escritura. El sacerdocio es para este teólogo el estado mas perfecto que el hombre puede alcanzar; el sacerdote, que tiene poder para consagrar el cuerpo de Nuestro Señor, es tanto como el obispo, mas que el monje y naturalmente inmensamente superior al hombre laico.

Mas decidido que Goch fué Juan Wessel de Groninga (que murió en 1489), reconocido por Lutero como el genio mas afín al suyo entre todos los genios reformistas que le precedieron. Wessel había respirado el ambiente intelectual de su época en Colonia, en Paris y en Italia; se había internado en las profundidades escolásticas y dedicado tambien al humanismo. Sus admiradores le llamaban la Luz del Mundo y el maestro de la controversia. Cargado de años, retiróse á la soledad del claustro, pasando el último período de su vida dedicado al estudio en unos cuantos conventos de su país, que le dieron alternativamente hospitalidad. Allí sacó como final resultado de sus estudios de la Biblia y de las tradiciones primitivas de la Iglesia, una teología que salía ya del radio católico. Su teoría de la salvación no reconocía para nada el mérito personal, en lo cual se ponía poco mas ó menos en el mismo punto que Lutero; quería el sacerdocio universal, y quiso transformar el sacramento de la Eucaristía en una fiesta espiritual conmemorativa. Wessel fué, pues, el precursor de Lutero y de Zwinglio. En la interpretación del Evangelio no reconoció á la Iglesia como autoridad suprema sino á aquellas inteligencias que profundizando el Evangelio habían llegado al colmo de la sabiduría cristiana y á ser profetas de la nueva comunidad. Todo este nuevo mundo cristiano, como tambien el de Goch, adquirieron escasisima publicidad, mientras las convicciones libres de otro teólogo pusieron á su autor en un grave conflicto con la Iglesia, que no había abdicado todavía su poder ni mucho menos. Era este reformador Juan Ruchrath de Oberwesel, que había sido catedrático

en la universidad de Erfurt y después durante diez y siete años predicador de la catedral de Worms. Reconoció como autoridad suprema la Sagrada Escritura, y con ocasión del jubileo atacó la concesión de indulgencias en términos mas duros y mas lógicos que lo hizo después Lutero en sus famosas tesis, porque declaró estas indulgencias completamente nulas y sin valor alguno, un engaño piadoso hecho á costa de los fieles. Negó la infalibilidad de la Iglesia, y respecto del celibato y de los ayunos expresó en lenguaje popular de una manera poco respetuosa, diciendo, por ejemplo, que San Pedro quizás había inventado los ayunos y la abstinencia de carne para vender mejor sus peces. El imprudente anciano fué llamado ante el tribunal de la inquisición en Maguncia, donde tuvo que abjurar sus doctrinas, siendo después encerrado en un convento, en el que murió en el año 1481. Los altos representantes de la Iglesia tenían entonces fija su atención en la extensión de las doctrinas husitas fuera de Bohemia, y á esto debe atribuirse la poca ó ninguna importancia que dieron á otros conatos heréticos. Los estudios históricos hechos hasta hoy no permiten presentar un cuadro medianamente exacto y completo de las varias herejías, de su historia y conexión mutua, que trabajaron al pueblo alemán en los postreros siglos de la Edad media. Nada se sabe todavía, por ejemplo, tocante al desarrollo interior de la religión de los valdenses ni de su relación con el gran movimiento religioso husita en Bohemia; ni nada preciso sabemos de la influencia que tuvieron en aquel movimiento general los grupos minoritarios mas radicales. Sin embargo, podemos señalar algunas corrientes principales en aquella masa de elementos heréticos, masa abigarrada y falta de toda cohesión. Antes de aparecer en la escena la revolución husita, vemos en plena actividad la secta valdense y las varias sectas panteístas de los lolardos, de los begardos y de los hermanos del libre espíritu, que á menudo fueron perseguidos como los valdenses. Fuera de estas sectas, existía una corriente apocalíptica que tenía sus principales adeptos entre los frailes mendicantes. Indudablemente el misticismo con su carácter semi-popular y semi-misterioso contribuyó á la propagación y unión eventual de todos estos elementos diferentes, y esto explica cómo los suspicaces custodios de la fe encontraron un matiz herético en varones como Eckhart, Tauler y Suso. En efecto, el espíritu fundamental del misticismo cristiano en su parte especulativa, así como el del panteísmo de la Edad media, era simplemente el neo-platónico. Era ya un elemento asaz peligroso el aplicar al trato íntimo del alma con su Creador la poesía de amor de los trovadores, que tanto usaron los místicos, y que por su misma exuberancia llegaba á veces al extremo de la sensualidad material, como se observa con frecuencia en las mujeres devotas nerviosas y de imaginación sobreexcitada. Así es que uno de los místicos, Enrique Suso, presenta á Cristo como músico que con sus melodías solaza al alma que anhela su amor y que con su destreza hace bailar todas las almas al són que quiere. Este mismo trovador religioso vivió veintidos años mortificándose el cuerpo de una manera tan cruel como asquerosa, sin lavarse ni limpiarse, llevando un sayal guarnecido de clavos con la punta hácia dentro, de modo que todo el cuerpo estaba cubierto de costras de sangre y de insectos.

Al lado de semejantes estupideces ofrece la literatura mística muchos motivos que forzosamente habían de llevar á los oyentes ignorantes al panteísmo; como cuando Eckhart dice que Dios es el universo, que Dios no había sido Dios antes de las criaturas y que es el creador de todas las cosas. La hija espiritual de Eckhart, la hermana Catalina, exclama en el tratado que lleva su nombre: «¡Alegraos conmigo, he llegado á ser Dios!» El límite entre el misticismo cristiano y

el panteísta era movedizo, y los pensamientos de Eckhart y su adepta que acabamos de citar se encuentran tambien en los escritos de los «hermanos del libre espíritu», que eran panteístas consecuentes, pues que según ellos todo sér humano merecía igual veneración que el cuerpo de Cristo. La idea del pecado y la ley moral eran para ellos ilusiones que no tenían razón de ser. Tan grande era la presunción que estos fanáticos tenían de su perfección, que uno de ellos, Conrado Kannler de Eichstadt, declaró en 1381 ante el tribunal que podía hacer todo lo que le pluguiera y hasta matar á los que intentaran impedirlo; que su santidad era á la del apóstol San Pablo como el mar á una gota de agua; que él era un segundo Adán, que recorrería hecho un Anticristo el mundo y que por remate presidiría el juicio final. El pueblo llamaba á estos fanáticos begardos y esta gente con sus desórdenes y espantosa licencia hicieron en todas partes adeptos, teniendo ya muchos en el siglo XIII en la cuenca del Rin y en Suabia. Las persecuciones de que fueron objeto se extendieron muchas veces por error á las casas de beguinas, que eran, sin embargo, perfectamente ortodoxas. Los begardos, á pesar de las persecuciones, se sostuvieron hasta muy adentro del siglo XV, saliendo á la superficie tan pronto en una parte como en otra, no obstante haberlos relegado mas ó menos al olvido el gran movimiento apocalíptico del siglo XIV representado por los disciplinantes. En tiempo del concilio de Basilea todavía el dominico Juan Nider de Suabia (que murió en el año 1438) se lamentaba del aumento de los begardos panteístas en su país, y se quejaba de sus discursos sutilísimos, llenos de galas oratorias, elevados, espirituales y metafísicos, cuya ciencia alemana apenas llegaba á penetrar el hombre de letras y erudito. Tambien se quejaba de la multitud de libros alemanes, que publicados por doctores ancianos y de gran crédito contenían sentencias sublimes relativas al espíritu, á la mansedumbre y á los diferentes grados de la iluminación. Menciona este autor á un predicador begardo ambulante que recorría el país bajo diferentes disfraces, ora como clérigo ó fraile, ora como caballero ó labrador; generalmente tratando de atraerse primero á las mujeres. Disfrizado de fraile mendicante, empezaba á hablar de la perfección del hombre y de la contemplación; pasaba luego á criticar todas las ceremonias de la Iglesia que no se avenían á su doctrina, contestando á todas las objeciones con hábiles citas de la Sagrada Escritura, hasta que llegaba á iniciar á sus víctimas en las consecuencias desmoralizadoras de su falso misticismo.

Matías de Kemnat en sus escritos, publicados entre 1460 y 1470, habla accidentalmente de la astucia y de la perversidad de los begardos y lolardos en las comarcas fronterizas de la Bohemia, en Suabia y países del Rin, y dice que de ellas se podría llenar un libro mas grande que la Biblia. Es muy probable, si bien no ha podido probarse todavía, que se conservaran restos de estas sectas místicas en Alemania hasta el tiempo de la reforma religiosa.

Geiler de Kaisersberg cita, en 1498, á los hermanos del libre espíritu y á los valdenses como ejemplos de malos intérpretes de la Sagrada Escritura. Sin razón acaso han sido considerados los valdenses como legítimos precursores del protestantismo, bien que éste ha ejercido una influencia modificadora sobre aquella secta, porque los valdenses, que á fines del siglo XIV no solamente estaban extendidos por todo el Mediodía de Alemania, sino que se habían establecido tambien en Turingia, Brandeburgo y hasta en Pomerania y la Prusia oriental, no efectuaron su separación definitiva de la iglesia de Roma sino á consecuencia de la influencia husita y de la reforma protestante de Alemania. Hasta entonces, en oposición á la Iglesia dominante, habían considerado

como suprema autoridad la Sagrada Escritura, y apoyados en ella habian concedido á los laicos autorizacion para predicar el Evangelio; pero en el fondo su reforma religiosa estaba reducida al ideal monástico al estilo de la creacion de San Francisco, solo que ésta se hallaba dentro del terreno ortodoxo. San Francisco queria fundar una vida perfecta, verdaderamente cristiana, en el espíritu del Evangelio, y no pudo imaginarla sin los votos de pobreza extrema y de castidad.

De cuando en cuando se manifestaron algunas tendencias un tanto radicales, como los repetidos conatos del anabaptismo; pero en general no hubo antes del siglo xvi ruptura decisiva con los dogmas de la Iglesia; los valdenses conservaban los siete sacramentos, y segun parece no renunciaron de golpe sino muy paulatinamente al culto de los santos, y lo mismo sucedió con la comunión, que no reclamaron en ambas especies como los husitas, que la creían indispensable, por manera que podian muy bien participar de los sacramentos todos y de otras ceremonias del culto católico sin merecer el dictado de hipócritas. La inquisicion con toda su horrible ferocidad, que solo en la ciudad de Steyr (ó Steier) por el año de 1395 entregó mas de cien personas á las hogueras, fué impotente para extirpar la herejía valdense, que poco despues cobró nuevo vigor por su union con la propaganda husita. Por el año 1480 los valdenses padecieron terrible persecucion en el país de Brandeburgo, en cuya consecuencia se retiraron, los que quedaron, á Bohemia, donde fueron recibidos por los hermanos hospitalariamente.

En el curso del siglo xv extinguióse completamente la corriente de los disciplinantes, cuyo origen debe buscarse en las creencias de la secta del abad Joaquin respecto del próximo reinado del Espíritu Santo y de la victoria que los elegidos habian de alcanzar sobre el Anticristo. Cuando ya estaba extinguida la gran marea disciplinante que habia surgido de la peste negra en 1348, marea desvanecida ante la renaciente calma, que hizo volver en sí al pueblo, y ante las disposiciones de las autoridades, encontráse todavía en 1414, antes de estallar la revolucion husita, un foco de sectarios disciplinantes en Turingia, que fué exterminado á fuego y sangre. En la pequeña ciudad de Sangerhausen fueron condenadas á la hoguera 91 personas que habian sabido ocultar bajo la apariencia de una devoción rigurosamente católica sus verdaderas creencias. Esperaban el advenimiento de una nueva era que debia empezar con un bautismo de sangre. No reconocian ninguna autoridad á la Iglesia; llamaban las iglesias montones de piedras y cavernas de bandidos, al canto de la misa, ladrido de perros y á la Iglesia existente el reino del Anticristo; de suerte que anticiparon casi literalmente la condenacion del catolicismo que poco despues formuló la secta husita radical.

La revolucion husita de Bohemia aportó á los fermentos existentes su poderoso ejemplo y un elemento nuevo, á saber: la doctrina de Wiclef, que Hus se habia apropiado, conforme resulta de las investigaciones históricas mas recientes.

La historia del protestantismo no empieza con los valdenses, sino con Wiclef, que fué el primer precursor de Lutero; su figura se engrandece á medida que se estudia su obra intelectual, cuya gran trascendencia fué oscurecida en la mente de las generaciones siguientes por la muerte de mártir de Juan Hus y la gran ferocidad de las guerras husitas.

Wiclef fué el primer reformador que atacó sistemáticamente el edificio de la iglesia católica provisto ya de un plan de reconstrucción, y su mente veía ya claramente la Iglesia nueva que debia surgir de las ruinas de la vieja, cuyo derrumbamiento creía inevitable. La nueva Iglesia era para Wiclef la comunidad de los elegidos, predestinados á la gloria, entre

los cuales no se distinguen ya sacerdotes y laicos, porque todos son sacerdotes consagrados por Dios enfrente de los que no forman parte de la comunidad y á quienes Dios ha separado de la grey. En esta Iglesia sin corporacion sacerdotal no tenian ya razon de ser los puntales del gobierno clerical, como el celibato, la confesion auricular y las indulgencias. Wiclef condena como contraria á la Sagrada Escritura y al sentido comun la transubstanciacion de la hostia en el cuerpo de Cristo, y admite la Eucaristía solo en calidad de fiesta conmemorativa y deleite espiritual de que solo participan los elegidos. Háse dicho que Wiclef hacia depender la eficacia de los sacramentos de la dignidad individual del sacerdote administrante; pero esta es una suposición que no está apoyada en prueba alguna. En cambio es chocante su teoría de la propiedad sacada del régimen feudal, que envuelve una provocacion revolucionaria trascendental. Todo derecho de propiedad y dominio, sea eclesiástico ó laico, es, segun Wiclef, una merced divina y caduca de consiguiente cuando Dios retira su gracia al poseedor. Este principio y el de la autoridad suprema de la Sagrada Escritura forman el eje del movimiento husita, que proclamó el derecho divino único título legal de toda propiedad y dominio, y quiso reformar la sociedad sobre la base del Evangelio. Por una serie de circunstancias muy especiales, la doctrina de Wiclef habia llegado á Bohemia, donde encontró un terreno tan removido que medró con extraordinaria rapidez, despues que sus adeptos en Inglaterra habian sufrido una persecucion cruelesima que no pudo ya alcanzar á Wiclef porque habia pasado á mejor vida antes, en el año 1384. Se ha atribuido tambien demasiada importancia á la influencia que realmente tuvieron las muchas comunidades valdenses en Bohemia y á los partidarios de una reforma de la Iglesia que habia en Bohemia en el siglo xiv, como Conrado de Waldhausen, Conrado Militsch de Kremsier y Matías de Janov; pero es indudable que el pueblo bohemio se hallaba en un estado extraordinario de agitacion religiosa antes que llegara allí la doctrina de Wiclef, pues así lo prueba la afición á comulgar diariamente si podía ser. Las tendencias apocalípticas eran tan corrientes que hasta inspiraron á los pintores bohemios. Era natural, pues así habia sucedido ya en otras partes, que en semejante estado de fermentacion se mezclaran con los elementos religiosos otros sociales y nacionales que juntos dieron lugar á la gran revolucion husita, bajo el poderoso impulso del wiclefismo tal como lo habian adoptado y popularizado Hus y sus adeptos. La comunión en ambas especies, que Wiclef no habia incluido en su programa, no fué por lo mismo el eje principal del movimiento sino solamente una bandera. Hus concedió como un favor especial á su amigo Jacobo de Mies, poco antes de su muerte, la comunión bajo ambas formas, y esta quedó casi como único y mezquino privilegio á la iglesia calixtina (utraquista) despues de su arreglo con el papado, cuando todo el movimiento habia llegado á sus postrimerías. Lo esencial no fué el cáliz sino la autoridad suprema de la Sagrada Escritura y la teoría del derecho feudal de Dios, que habia planteado Wiclef; porque en sus cuatro artículos pidieron los husitas la libertad para laicos de predicar el Evangelio, la comunión bajo ambas formas, la secularizacion de los bienes de la Iglesia, y la nulidad de todas las transgresiones contrarias al derecho de Dios de dar y quitar. Sobre esta base construyeron los taboritas, que formaban la extrema izquierda de la secta husita (1), su gobierno teocrático, cuyo carácter, un tanto comunista, impresionó á los alemanes coetáneos muchísimo mas que la

(1) Como los calixtinos ó utraquistas formaban la extrema derecha. (N. del T.)

parte religiosa del mismo gobierno. Despues llegó Lutero á algunos resultados análogos, pero sin haber conocido los principios de Hus ni de Wiclef. Verdad es que Hus recibió en su viaje á Constanza, que tan funesto le fué, pruebas de simpatía en Franconia y el Alto Palatinado, hasta de parte del clero, y que su condenacion y muerte fueron sentidas por muchos alemanes de recto juicio; pero estas simpatías y opiniones eran excepciones tan insignificantes y aisladas que desaparecian completamente en la corriente general que consideró el concilio de Constanza como una gloria nacional de Alemania y á los husitas como herejes abominables y fe-

roces. Los sermones y tratados de los doctores, las canciones del pueblo y hasta los trabajos poéticos de los humanistas alemanes hablaban de Hus y de sus partidarios, ya con odio, ya con desprecio, ya con grosera burla, sirviéndose por lo general del nombre de Hus, que en idioma checo (bohemio) significa ganso; y como Hus fué quemado en Constanza, decian todos, á su manera con mucha gracia, que «convenia asar todos los ansaritos bohemios.»

La separacion de la iglesia romana se efectuó en todas partes, como fácilmente se comprende, bajo la influencia de la idea nacional. Wiclef empezó su lucha contra Roma mo-



Juan Hus

Facsimile de un grabado en acero hecho en época posterior

vido por su patriotismo inglés, y Hus se consideró desde un principio defensor de la nacionalidad checa contra la opresion extranjera, tanto de Roma como de la raza alemana. Armado de la doctrina de Wiclef, empezó su mision en calidad de predicador de la capilla de Belen de Praga, atacando la corrupcion del clero de su país, despues los falsos milagros de la santa sangre de Wilsnack y mas adelante el dominio aleman sobre la universidad de Praga, dominio que acabó con el decreto real del año 1409. Un año despues estaba Hus ya en guerra abierta con Roma; en 1412 corrió en Praga la sangre de los primeros mártires husitas; las bulas papales fueron paseadas por las calles, hechas ludibrio de la gente y quemadas despues al pié de la picota. Hus no era hombre de accion; habia nacido para mártir, y su deseo de morir por la verdad se cumplió en Constanza por orden del concilio. En 6 de julio de 1415 murió allí en la hoguera «el santo» apóstol de la iglesia invisible de Wiclef. Muerto él, manifestóse claramente el espíritu teocrático de esta doctrina, robustecido por motivos nacionales y sociales, en la

revolucion husita. Al deseo de establecer el reino de Dios en la tierra, unióse la fe de ser el pueblo checo el encargado de esta mision, que se combinaba perfectamente con la antigua aversion que los eslavos sienten por los alemanes, los cuales para los checos eran doblemente contrarios, como católicos fanáticos y como invasores de su país.

En las clases mas bajas, especialmente en las rurales, la propaganda husita del derecho de propiedad por concesion divina y del aniquilamiento de todas las transgresiones despertó las exigencias comunistas mas extravagantes, al paso que dió lugar á que una pequeña secta, llamada *adamita*, realizara en medio de la confusion general las doctrinas de los hermanos del libre espíritu. Estas extravagancias y las tentativas para llevar á la práctica la comunidad de bienes, que prohibió al principio el partido taborita, pasaron muy pronto; y despues de la sumision de las poblaciones alemanas y de los husitas mas radicales, la nobleza de Bohemia, que habia tomado una parte muy activa y hecho un papel muy importante en las guerras y huestes husitas, recogió las